

«Una gran novela
sobre el amor
y la familia
excelentemente
contada».

FRANKFURTER
ALLGEMEINE ZEITUNG

The image shows a close-up of two people in heavy, brown, textured coats embracing. The person on the right is seen from the side, with their arms wrapped around the other person. The background is a faded, historical street scene, likely from the 1930s or 40s, featuring a building with columns and several swastika symbols on the facade. A vintage car is visible in the lower left of the background.

EL
MANZANO
CHRISTIAN BERKEL

A medida que avanza la demencia de su madre, Christian Berkel intenta salvar lo que queda de la memoria de su familia. Revisa archivos, lee cartas, encuentra antiguas fotografías y viaja por todo el mundo. Reconstruye un puzle de emociones, y las piezas que faltan se ve obligado a imaginarlas. El resultado es una historia familiar épica que nos lleva a lo largo del siglo XX y nos cuenta una increíble historia de amor que desafía al tiempo, al espacio y al odio.

Berlín 1932. Sala y Otto tienen trece y diecisiete años cuando se enamoran. Él procede de una familia obrera de los bajos fondos berlineses. Ella es judía e hija de una excéntrica familia de intelectuales. En 1938, Sala tiene que abandonar Alemania para refugiarse primero en Madrid, en plena guerra, y luego en París, hasta que los alemanes invaden Francia... mientras Otto va al frente como médico militar. Sala es denunciada e internada en el campo de concentración de Gurs, donde los prisioneros mueren de hambre y de enfermedades, y aquellos que sobreviven son deportados a Auschwitz. Pero Sala tiene suerte al poder esconderse en un tren con destino a Leipzig. Otto caerá prisionero de los rusos. Sala emprende una larga odisea para llegar a Buenos Aires, pero, pese a los años transcurridos, jamás se olvidan el uno del otro...

Índice de contenido

Cubierta

El manzano

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

Para Andrea, Moritz y Bruno

Este libro es una novela de ficción, aunque algunos de sus personajes sean reconocibles en ejemplos y arquetipos reales de quienes se tomaron prestados algunos detalles biográficos. Sin embargo, se trata de personajes ficticios. Sus descripciones, así como la trama que construyen y, por lo tanto, los incidentes y situaciones que resultan de ellos, son inventados.

Cualquier destino, por largo y complicado que sea, consta en realidad de un solo momento: el momento en que el hombre sabe para siempre quién es.

Jorge Luis Borges

Silencio.

Un árbol cayó al suelo con estrépito. Los hombres volvieron a encender sus motosierras. Un grito. El alarido se dilató y se intensificó cuando la sierra le hincó el diente al siguiente pino. No me atrevía a darme la vuelta. Se me encogió el corazón. Oí cómo las raíces de aquel gigante centenario se quebraban, cómo su resistencia cedía con la caída del tronco.

Sentado en un poyete de ladrillo rojo en la entrada de nuestra nueva casa, contemplaba las vallas de madera recién pintadas del lado opuesto de la calle bajo el sol de la mañana y oía los ladridos de los perros en aquella de zona residencial idílica. A mi espalda, entre la hierba crecida de un jardín encantado que parecía salido de la imaginación de un niño, ocho pinos caídos. Ocho. Los había contado. Ahora solo quedaba aquel arbolito descuidado. Ese no iban a talarlo. Mi padre me lo había prometido. Con cuidado, di media vuelta en un silencio sepulcral.

Perdí el equilibrio. Me caí, llevándome un buen susto, a pesar de que intenté sostenerme haciendo fuerza hacia la izquierda. Mientras me precipitaba, o, más bien, quedaba momentáneamente suspendido, antes de que mi cabeza de niño de seis años se golpeará contra los adoquines, lo contemplé en toda su modesta belleza. El sol brillaba entre sus hojas, sus frutos resplandecían. Aún estaba en pie. Solo. Pero no perdido. Desafiante. Mi manzano.

1

—¿Qué, a ver a tu madre otra vez?

¿Y qué le importaba a la florista? Y, además, con aquel tonito de reproche. ¿Qué sabía ella? En Spandau se conocía todo el mundo. Era insoportable. Me apresuré en pagar y salí de la tienda.

Con las flores en la mano doblé la esquina para meterme en el callejón entre los bloques de viviendas. Al menos habían tenido el detalle de disponer aquellas cajas de zapatos alrededor de plazoletas cubiertas de césped. Mis padres habían alquilado ahí un piso después de vender su casa de Frohnau para pasar la mayor parte del año en España, cumpliendo así la promesa que mi padre le hizo a mi madre hacía ya décadas, en los años cincuenta, cuando ella volvió de Argentina y descubrió que ya no se sentía a gusto en Alemania. Ese país ya no era su patria, ya nunca podría volver a serlo.

—Entra, rápido.

Mi madre me recibió en la puerta, ataviada solamente con una bata de andar por casa. Antes de que pudiera ponerle el ramo en la mano, me arrastró al pasillo. Habían transcurrido un par de semanas desde mi última visita. El otoño pasaba entre lluvia y nieve. Había llegado el frío.

—Tengo que contarte algo.

En su pequeño salón, giró sobre los talones y miró hacia arriba.

–Me he casado.

Oímos un avión que sobrevolaba el edificio. Mi padre había fallecido nueve años antes, el 24 de diciembre de 2001.

–¿Por qué no me habías dicho nada? –pregunté.

Ella me escrutó con la mirada.

–No te preocupes, ya se ha muerto.

–Pero... ¿Cómo...?

–Del hígado.

–Ah.

–Sí, igual que tu padre, que también murió del hígado, pero en la guerra. Cayó fulminado. Muerto. Con Carl pasó parecido. Conoció a tu padre en la guerra. Estuvieron juntos en el campo de Rusia.

–¿Cómo? ¿Quién murió en Rusia?

–Pues tu padre.

–No.

–¿No? –Soltó una risotada incrédula–. ¿Qué sabré yo, si era mi marido? Aunque en tiempos de Adolf no pudimos casarnos.

–No, no puede ser que muriera durante la guerra, porque si no, yo no habría nacido... o él no sería mi padre.

–Pues claro que era tu padre. ¡Lo que faltaba! ¿A ti qué te pasa? Hay que ver, parece que estés mal de la azotea.

–Bueno, yo nací en 1957, no pudo haber caído, quiero decir, muerto, en la guerra y luego engendrarme a mí doce años después...

Me miró furibunda.

–A ti te falta una patatita para el kilo. –Me clavó los ojos turbios–. ¡Esto es para mear y no echar gota! A ver, pon bien la oreja: resulta que Carl me dejó mucho dinero porque..., bueno, porque quería asegurarse de que no me faltara de nada, y discutía constantemente con su familia por mí...

–¿Y eso?

–Pues porque venía de la familia Benz. –Hizo una pausa y me lanzó una mirada elocuente.

–¿Benz?

–Sí. Daimler Benz.

El nombre saltó de su lengua con la fuerza de un motor de ocho cilindros.

–¿Y por qué discutía con su familia por ti?

–Mira que llegas a ser duro de mollera. ¿Por qué iba a ser? ¿Tenían miedo de que estuviera con él para quedarme con su dinero! Además, Carl era mucho más joven que yo. Eso tampoco les hacía gracia, claro.

–¿Cuántos años tenía?

–Pues la verdad es que no me acuerdo exactamente. ¿Cuarenta y siete? A veces se me olvidan las cosas, ¿sabes? O cuarenta y seis, bueno, cuarenta y muchos, o cincuenta y... Bueno.

–Pero ¿no acabas de decirme que estuvo en el campo de prisioneros de Rusia con papá?

–Eso he dicho. ¿Es que no me escuchas?

–No, lo que quiero decir es que entonces no podría tener cuarenta y muchos... si estuvo con papá en el campo de Rusia. –Esperaba que ella diera su brazo a torcer, aunque era evidente que no iba a hacerlo. Nunca se había inmutado cuando le llevaban la contraria. Aún así, lo intenté –: Debería tener más o menos tu edad.

–Pues no. Era treinta años más joven. Y punto. Y, atención, me transfirió dos millones de euros a la cuenta. Y como yo no necesito el dinero, os lo quería dar a ti y a tu hermana –replicó, lanzándome una mirada satisfecha.

–Vaya, es todo un detalle, pero ¿seguro que no te lo quieres quedar?

–¿Para qué? Tengo más que suficiente, además, tampoco me queda mucho tiempo de vida. Todo esto ya me lo conozco, no tengo ganas de aburrirme. Ah, y antes de que vayamos al banco a sacar el dinero, quiero que me

lleves al Hotel Intercontinental. –Le lancé una mirada interrogativa–. Es que Carl y yo pasamos allí nuestra noche de bodas, y a la mañana siguiente me dejé el vestido de novia. Aún debe de estar colgado en el armario. Me gustaría recuperarlo.

Yo había llegado con un cuaderno lleno de anotaciones para sentarme delante de mi madre y preguntarle por mi padre... Y ella no paraba de hablar de su boda con Carl Benz. Yo era consciente de que la época que me interesaba no había caído en el olvido, sino que empezaba a desdibujarse ante mis ojos. Lo que quedaba eran los fragmentos de su vida. Aparecían variaciones de elementos que se configuraban en nuevas formas, como si se hubiera roto una fotografía en mil pedazos y algunos se hubieran perdido mientras que con el resto se había recompuesto otra imagen. Como si, en el olvido, el alma se cartografiara de nuevo.

Y mi padre, junto a quien había caminado toda la vida –desde que tenía trece años–, había desaparecido, fallecido en la guerra mucho tiempo atrás para ser sustituido por Carl Benz.

Mi padre estuvo en un campo de prisioneros de guerra ruso desde marzo de 1945 hasta finales de 1950. ¿Estaba mi madre transformando el tiempo que había pasado separado de ella en su muerte? Si entonces lo creyó perdido, si había empezado a hacerse a la idea de que había muerto, como tantas mujeres hicieron entonces, aquella muerte se había convertido mucho tiempo atrás en parte de su realidad. ¿Y si ahora su memoria caprichosa había regresado a ese momento?

La sucursal de la caja de ahorros se encontraba a pocos minutos de su casa. Mi madre se acercó resuelta a un

cajero y colocó una gran bolsa vacía sobre el mostrador.

–¡Buenos días! ¿Sería tan amable de enseñarme el saldo de mi cuenta? Me llamo Sala Nohl –dijo en un tono firme y casi alegre. Después de la muerte de mi padre volvió a adoptar el apellido de soltera.

–Por supuesto, señora.

El empleado del banco asintió con cortesía y me lanzó una mirada cómplice. Por un momento, perdí la certeza. No era posible. ¿O sí?

–3766 euros y 88 céntimos, señora.

Ella lo miró.

–No, en la otra cuenta.

El cajero la miró perplejo. Mi madre se giró hacia mí y meneó la cabeza con un suspiro, como disculpándose por la incompetencia de aquel trabajador a quien aún le quedaba mucho por aprender y por el que estaba dispuesta a hacer la vista gorda.

–Lo siento, señora, pero con nosotros solo tiene esta cuenta.

–Vaya, así que solo tengo esta, ¿eh? –dijo, algo insegura, mientras su rostro se vaciaba de color–. Muy bien, pues volveré mañana, cuando esté su jefe.

Aquel pobre hombre me lanzó una mirada interrogativa.

–Por supuesto, señora.

Me la llevé de allí con cautela.

Ya en la calle, mi madre se detuvo después de algunos pasos. Me miró asustada.

–No puede ser que todo esto lo haya soñado.

Hablé con médicos y les describí lo que había observado con tanta fidelidad como me fue posible, intentando no pasar por alto las primeras señales de decadencia, y me confirmaron lo que ya sabía. No me quedaba otra que acompañarla hasta la entrada del túnel por aquel camino